

y otro caso vuelven á la vida. Lauder, hablando de un hombre muerto algunos días antes entre los negros del interior, dice que «se le hizo una manifestacion pública sosteniendo que su Dios titular lo habia resucitado.» Un jefe Zambesi creyó que Livingstone era un italiano «Siriátomba resucitado.» Volviendo á la Polinesia, encontramos entre las creencias incompatibles [de los Fijenses una tradicion que sirve de paso entre la idea primitiva de renovacion de la vida ordinaria, y la idea de otra vida de que se goza en otra parte: Allí se cree que la muerte ha venido á ser universal porque los hijos del primer hombre no lo desenterraron en conformidad al mandato que les habia dado uno de sus dioses, advirtiéndoles que si lo ejecutaban, todos los hombres volverian á la vida despues de algunos días de sepultura. En el Perú, donde tanto se cuida á los cadáveres, la resurreccion era un artículo de fé. «Los Incas, segun Garcilaso, creian en una resurreccion universal, no como premio ni castigo, sino como un regreso á la vida terrenal.»

Pasemos á indicar los testimonios que nos ofrece el pasado de las razas superiores en favor de esta creencia, por ejemplo, el hecho de que «dentro la ley musulmana se supone que los profetas, mártires y santos no han muerto, y que lo que les pertenecia continua siendo de su propiedad;» y el otro hecho de que en la Europa cristiana se ha esperado la vuelta de ciertos hombres ilustres desde Carlomagno hasta Napoleon. Señalemos, para terminar, la forma bajo la cual esta creencia existe todavía. La distancia que la separa de la forma primitiva es menor de lo que suponemos. No entiendo solo que el pasaje: «por un solo hombre vino el pecado al mundo, y por el pecado la muerte,» mediante la general creencia de que la muerte no es un acontecimiento natural, de una manera tan clara como lo hacen las creencias de los salvajes que derivan la muerte de una diversidad de opinion entre los dioses, ó del poco caso que el hombre ha hecho de sus órdenes. No me limito, pues, á una mera alusion á la afirmacion categórica de la resurreccion de los cuerpos, que se encuentra en el breviario oficial de la Iglesia anglicana, y á las detalladas descripciones de resurrecciones que se hallan en los poemas más recientes. Aspiro á dar á conocer los hechos que demuestran que hasta en la actualidad la mayoría posee esta creencia aprobada recientemente por un eclesiástico eminente. En 5 de Julio de 1874, el obispo de Lincoln predicaba contra la cremacion de los cadáveres, fundándose en que tiende á acabar con la fé de los hombres respecto á la resurreccion de los cuerpos. No solamente sostiene el Dr. Wordsworth de acuerdo con el hombre primitivo, que todos los cuerpos enterrados resucitarán, sino que va más

lejes todavía; sostiene con el hombre primitivo que la destruccion de los cuerpos impediria la resurreccion (1).

Veamos para acabar, las modificaciones en virtud de las cuales la civilizada creencia de la resurreccion difiere en parte de la salvaje. No se la abandona, no se hace más que aplazar el acontecimiento que se pronostica. El sobrenaturalismo, desacreditado poco á poco por la ciencia, transporta sus sobrenaturales acontecimientos á distancias más lejanas en tiempo y espacio. De la misma manera que los partidarios de las creaciones especiales suponen que ocurren, no en el lugar donde nosotros estamos, sino en las partes del mundo más lejanas; de la misma manera que los partidarios de los milagros que no creen que éstos se realicen hoy, admiten que tuvieron lugar bajo un régimen providencial que hoy no existe, asimismo los que ya no esperan la vuelta de los cuerpos á la vida al poco tiempo de acababa ésta, la esperan mucho ménos despues de un tiempo de duracion infinita. La idea de la muerte se diferencia cada día más de la de insensibilidad temporal. Antes se esperaba la reanimacion pocas horas despues del fallecimiento, luego algunos días despues, más tarde al cabo de unos años, y poco á poco cuanto más precisa es la idea que se tiene de la muerte, más se espera la reanimacion al fin de todas las cosas.

IDEAS DE LAS ALMAS, APARECIDOS, ESPÍRITUS, DEMONIOS, ETC.

Cuéntanos el viajante Park su repentino encuentro con dos negros que á caballo y al galope huyeron á su vista dominados por el terror, y añade, que «á cosa de una milla más lejos, hácia el Oeste, se encontraron con mi comitiva á la cual hicieron una horrorosa relacion de lo sucedido. Llevados de su espanto, dijeron que habian visto vestidos con la ropa flotante espíritus formidables: uno de los dos afirmó que en el momento de mi aparicion se sintió envuelto por una bocanada de aire frio venido del cielo, que le habia causado tanta impresion como si fuera de agua helada.»

Cito ahora este pasaje para recordar al lector la fuerza con que el miedo, unido á una creencia preestablecida de antemano, produce las ilusiones que

(1) Seguro que de encontrarse en idénticas circunstancias, hubiese obrado como el inca Atalmalpa, que se hizo cristiano para que le ahorcaran en vez de quemarlo; porque, decia á sus mujeres y á los Indios, si no se quemaba su cuerpo, su padre, el Sol, lo resucitaria.

vienen en apoyo de dicha creencia, y para demostrar como el hombre primitivo está por consiguiente inclinado á descubrir la prueba de las apariciones de los muertos.

Antes de ir más allá, relataré todavía otro hecho. Conocía yo un eclesiástico que acepta en todas sus partes la doctrina de la evolucion natural de las especies, pero que sin embargo está de acuerdo con la idea de que «Dios ha formado el hombre del polvo de la tierra, y que por las narices le ha enviado un soplo de vida, creencias incompatibles y que pueden parangonarse con las de los católicos que ven, tocan y gustan un pedazo de pasta que no ha sufrido ningun cambio, y que sin embargo sostienen que es carne.

He puesto estos ejemplos de adhesion á las nociones irreconciliables por parte de personas acostumbradas á pertenecer á sociedades civilizadas, porque demuestran como los hombres primitivos de inteligencia poco cultivada é ignorantes, sostienen teorías que se destruyen entre sí. Parece arriesgado atribuirles la creencia de que los muertos, por bien enterrados que se hallen, aparecen bajo formas sensibles. Cuando afirman que el duplicado se va dejando el cuerpo tras él, parece ser ilógico añadir la suposicion de que el duplicado tiene necesidad de que le lleven alimentos y bebidas, ó bien vestidos y fuego. En efecto, si conciben este duplicado bajo una forma aérea ó etérea, ¿cómo pueden suponer que consume alimentos sólidos como muchos creen? Y si lo creen formado de materia, ¿cómo pueden concebir que exista al mismo tiempo que el cuerpo y que salga de la tumba sin desordenar nada de lo que la cubre?

Pues bien, veamos hasta qué punto puede llegar la credulidad y la carencia de lógica hasta en personas instruidas y de razas avanzadas; digamos, para concluir, que el hombre primitivo podía mantener bien las ideas que tenia del otro yo, tan imposibles como éstas nos parecen.

Típica es la teoría de los Australianos, y por ella debo comenzar. Se la cita muy á menudo y se expresa claramente en la forma que le dió un criminal despues de estar condenado: dijo que de un salto iba á transformarse en blanco, y que entonces tendria tantas piezas de seis peniques cuantas quisiera. Mucho se ha hablado de lo que le sucedió á sir George Grey con una mujer australiana á quien se le habia muerto un hijo, y que lo acariciaba como si él lo fuera creyendo que habia resucitado. El hecho de mis Thomson es igualmente significativo. La miraban todos considerándola como el otro yo de una persona difunta perteneciente á otra tribu, y de ella decian los Australianos con los cuales vivia: «no tiene nada de extraordinario, no es nada, no es más que un apare-

cido.» Bonwich cuenta que un capataz que tenia un brazo estropeado y en quien se creyó reconocer á un natural que habia muerto hacia poco tiempo de la misma dolencia, fué saludado con estas palabras: «¡Oh, querido Balludo, os habeis hecho blanco!» Despues de haber citado otros ejemplos, Bonwich trasmite la explicacion que da Davis de esta creencia australiana, que estima proceder de que los negros antes de comerse se desuellan, pareciendo blancos, y por tanto se toma á los blancos por aparecidos de los negros. Pero luego despues hemos encontrado la misma creencia explicada de otra manera. Los insulares de la Nueva Caledonia, segun dice Turner, creen que los blancos son los espíritus de los muertos y que llevan consigo enfermedades. Otro ejemplo: en la isla Daruly, en las del Príncipe de Gales y en Cap-York, la palabra que emplean para aludir á los blancos, significa espíritu tambien. Asimismo Burton nos enseña que los Krumans llaman á los Europeos «tribu de los aparecidos: una nacion del antiguo Calabar ú hombres espíritus,» y los Mpongwes del Gabon «aparecidos.»

Todos estos hechos no permiten dudar de que en un principio se concibió el duplicado como no ménos material de lo que lo es su original: en otros pueblos se demuestra tan claramente con otros hechos lo mismo, pero de otra manera. Así los Karens dicen que «el La (espíritu) aparece algunas veces despues de la muerte, no pudiéndose distinguir de la misma persona.» Los Araucanos creen que «la alma separada del cuerpo ejecuta en otra vida las mismas funciones que cumplió en ésta, sin otra diferencia que la de no fatigarse ni saciarse.» —«Los habitantes de Quimbuya, dice Piedrahita, reconocian que habia algo de inmortal en el hombre, pero no acertaban á distinguir la alma del cuerpo.» Y Herrera afirma lo mismo. Los antiguos Peruanos decian expresamente que «las almas debian salir de las tumbas con todo cuanto pertenecia á sus cuerpos respectivos.» Segun Acosta, añadian la creencia de que «las almas de los muertos, con todo y vagar errantes, resistian el frio, la sed, el hambre y la fatiga.»

Esta creencia no solo se expresa por medio de palabras, pues viene tambien implicada en ciertos actos. El uso que conservan todavía algunos habitantes del Perú de derramar «harina de maíz ó de quima alrededor de la habitacion, para deducir por las huellas de los pasos de los muertos, si han vagado ó no por las cercanías,» encuentra analogías en otras partes; los mismos Judíos se servian de las cenizas tamizadas para descubrir las huellas de los demonios, y algunos, pero no todos, los consideraban como espíritus de personas que en vida habian llevado mal comportamiento. No hay duda que existe, pues, una

idea parecida entre estos negros de los cuales habla Bastian que ponen espinas en los senderos que conducen á sus villas, al objeto de alejar los demonios. Por otra parte, los pretendidos pedidos de provisiones para los muertos suponen la misma creencia. «Dadnos de comer que partiremos luego,» dicen los espíritus amazulos que se consideran como enemigos de otra clase de espíritus que quieren combatir. Los Indios del Norte América suponen que los espíritus fuman; y en las islas Fijí se dice que los dioses «conocen las almas de los que los hombres destruyen, empezando por *asarlas*. Los naturales de estas islas tambien creen que «los hombres matan las almas,» es decir, que el segundo sér es susceptible de batirse como el primero. Los Amazulus «creen que Amatonga, ó el muerto, puede morir nuevamente. Poseemos relaciones que hacen alusion, ora á su muerte en el campo de batalla, ora á haber sido arrastrado por el rio. En fin, los antiguos Indios, los Tártaros y los Europeos de otro tiempo, compartian esta creencia en la materialidad del duplicado.

No pueden trazarse de una manera clara las trasmisiones entre esta concepcion original, la más tosca de todas, y las concepciones más elevadas que se producen más tarde; pero nosotros encontraremos signos de una modificacion progresiva.

Las ideas de los Tahitianos, llamadas por Ellis «vagas é indefinidas,» implican la creencia en una semi-materialidad del alma. En efecto, á la par que creen que la mayor parte de los espíritus se los «comen los dioses,» sino á un tiempo, poco á poco, lo que supone que los espíritus son formados de partes divisibles, dicen que los otros no son comidos y que aparecen alguna vez á la vista de los sobrevivientes; apariciones por medio de las cuales han deducido que no todos son comidos. Por otra parte, la creencia que atribuye á los aparecidos las facultades de sentir por medio de las cuales pueden experimentar las percepciones ordinarias, supone la materialidad parcial, si no completa del alma. Los Yacutas dejan señales para advertir á los espíritus el lugar donde han depositado sus ofrendas, y segun Orozco y Berra, los Indios del Yucatan sostienen que las almas de los muertos vuelven al mundo, y para que al salir de la tumba no pierdan el camino que dirige al hogar doméstico, marcan en la pared ó suelo el camino que conduce de la choza á la tumba. La materialidad aplicada á la facultad física de ver, es atributo del alma desde la época de Nicobar, creyéndose que «vienen realmente los espíritus malignos (los de los muertos) á tomar habitacion en el pueblo, á manera de abanico de tela que esconde á sus funestas miradas los puntos donde se hallan situadas las casas.



Ferret, Barris y C^o Editores.

Lit. Miralles, Union 17.

LOTH.